

POR EL AUTOR DE *EL GRAN DELIRIO*

NORMAN OHLER

UN VIAJE ALUCINÓGENO



**LOS NAZIS, LA CIA Y LAS DROGAS
PSICODÉLICAS**

CRÍTICA

NORMAN OHLER

UN VIAJE ALUCINÓGENO

Los nazis, la CIA y las drogas psicodélicas

Traducción castellana de
Héctor Piquer Minguijón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2024

Un viaje alucinógeno. Los nazis, la CIA y las drogas psicodélicas
Norman Ohler

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Der stärkste Stoff. Psychedelische Drogen: Waffe, Rauschmittel, Medikament*

© Norman Ohler, 2023

© de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2024

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-697-2
Depósito legal: B. 15.912-2024
Impresión y encuadernación: Limpergraf
Printed in Spain - Impreso en España



Cuando, el 8 de abril de 1946, el agente de la Federal Bureau of Narcotics (Oficina Federal de Estupefacientes, FNB, por sus siglas en inglés) Arthur J. Giuliani se incorporó al puesto de *narcotics control officer* (oficial para el control de estupefacientes) en el sector estadounidense de Berlín, tenía treinta y siete años y chapurreaba algo de francés e italiano, idiomas que había aprendido en las calles de Nueva York, pero no hablaba ni una palabra de alemán. La antigua capital del Reich había quedado arrasada y las heridas causadas por las bombas británicas y estadounidenses y por el fuego de la artillería rusa todavía eran omnipresentes. Las ruinas dibujaban un enigmático *skyline* donde los fantasmas del pasado seguían acechando y los futuros conflictos de la política mundial empezaban a presagiarse. Mientras tanto, la castigada población andaba en busca del preciado bien de la normalidad. Berlín era un enclave descontrolado que parecía prácticamente imposible de regular. Solo las cuadrillas de *Trümmerfrauen*, las «mujeres de los escombros» que ayudaban a limpiar de cascos y reconstruir la ciudad bombardeada, conseguían despejar poco a poco las calles y hacerlas transitables otra vez. Era una metrópolis devastada en la que miles de personas, casi todas sin trabajo, moraban en la desolación, sumidas en un estado entre el agotamiento y la sensación de que empezaba una nueva vida.

La economía hecha trizas creó un paraíso para desplumadores y traficantes. Quien necesitaba abastecerse de lo más básico recurría al mercado negro, donde podía vender cualquier cosa que se pudiera llevar encima, desde una prótesis hasta una jarretera. Había más de tres docenas de puntos de comercio ilegal repartidos en el sector Este y el Oeste, cada uno con una mezcla particular de desconfianza, desesperación y una pizca de espíritu de fiebre del oro, resultado «de la total confusión y cinismo que reinan actualmente en Berlín», como describió el *Washington Daily News*.¹

Chocolatinas Hershey's, pan Graham, galletas Oreo, golosinas Butterfinger, barritas Mars, botellas de Jack Daniel's... Por bienes de consumo como estos, los alemanes sacudidos por la guerra estaban dispuestos a desprenderse de su cámara Leica o donar el riñón izquierdo. ¡Una Cruz de Caballero por una barrita de Snickers! ¡Un reloj de bolsillo por una ración de margarina! Las mujeres se recargaban de adornos usando sus cuerpos como expositores. Tipos sospechosos con el sombrero calzado hasta la nuca y, si había suerte, un cigarrillo entre los labios iban y venían susurrando algo a todo aquel que se les cruzara, con las muñecas rebosantes de relojes y ristras de condecoraciones en el forro de sus abrigo de faldones largos. Los soldados aliados hacían señas con las manos repletas de unos billetes que no tenían permitido enviar a sus casas. Un criminólogo de la época lo resumió así: «El fenómeno de la delincuencia en Alemania ha alcanzado un nivel y unas formas sin parangón en la historia de la civilización occidental». ² Ese mismo autor destacaba una «desprofesionalización de la criminalidad»: «En esta ciudad todo el mundo guarda un secreto, todos se dedican a estafar y timar porque no tienen otro modo de sobrevivir». El chanchullo formaba parte de la vida cotidiana del grueso de la población y los bajos fondos ejercían un poder de atracción irresistible sobre lo que había quedado de la clase burguesa. Las leyes ya no se respetaban y la estricta dictadura hitleriana era agua pasada. Ahora todo parecía permitido, «un entorno donde los negocios en el mercado negro son una forma habitual de violación de la ley». ³ El *zappzarapp*

—un préstamo del idioma ruso que se utiliza en alemán para describir un movimiento rápido y discreto con el que se sustrae algo— estaba a la orden del día. Las cuatro potencias ocupantes (Estados Unidos, Unión Soviética, Reino Unido y Francia) no daban abasto en Berlín, donde ya no gobernaban los nazis, sino los instintos primarios y la voluntad de sobrevivir. Entre los Aliados se crearon «grupos de trabajo» destinados a abordar distintos temas, incluida la urgente cuestión de cómo había que regular un tráfico de drogas que había quedado totalmente fuera de control.

Uno de los principales problemas eran las «gigantescas cantidades de estupefacientes» que habían sido sustraídas de las reservas de la desaparecida Wehrmacht o «retiradas de las ruinas de los edificios bombardeados» y puestas en circulación:⁴ el Pervitin de los laboratorios Temmler, que contenía metanfetamina; la heroína de Bayer; la cocaína producida por Merck en Darmstadt, considerada la mejor del mundo; o el Eukodal, un opioide euforizante que había sido la droga favorita de Hitler, también de Merck. Las difíciles condiciones de vida hicieron que cada vez más gente recurriera al consumo de sustancias que ayudaran a hacer más llevaderos los días, y también las noches. En la primera mitad de 1946 se produjo un aumento del 57% de los delitos no relacionados con las drogas, mientras que los que sí lo estaban aumentaron un 103%. En el mercado negro se pedían «precios enormes por las drogas de origen clandestino»: «20 marcos del Reich por inyección de morfina, 2.400 marcos del Reich por 50 pastillas de cocaína, 0,003 g».⁵ Preocupado por tan elevados márgenes, Giuliani temía que los «beneficios fueran aprovechados por la resistencia nazi».⁶

Su predecesor en el cargo, Samuel Breidenbach, había escrito lo siguiente en su última carta enviada a Washington antes de tirar la toalla: «Solo si imagináramos establecer una oficina eficiente en el Salvaje Oeste de 1776 podríamos hacernos una idea aproximada del nivel de salvajismo bajo el que tenemos que actuar aquí». Pero el recién llegado Giuliani no se dejó amilanar fácilmente y se propuso establecer el orden sentando las bases para una nueva legisla-

ción en materia de drogas, no solo para Berlín, sino para toda Alemania. Este fue el reto que el *narcotics control officer*, enfundado en su flamante uniforme del ejército de los Estados Unidos, asumió encantado, sobre todo porque el Ministerio de la Guerra le pagaba un sueldo una cuarta parte superior al de un empleado civil. Los intereses contrapuestos de las distintas potencias ocupantes que trataban de llevar a Berlín en una u otra dirección impresionaron muy poco a Giuliani. Al fin y al cabo, él, como estadounidense, traía paz, prosperidad y libertad. ¿Qué podía haber de malo en ello?⁷

No todo el mundo percibía negativamente este desorden. El escritor Hans Magnus Enzensberger, que por entonces tenía diecisiete años y no iba a la escuela porque todavía no había escuelas a las que ir, describió ese mundo en ruinas como un lugar para el aprendizaje:

Incluso sin escuelas se puede ahora aprender mucho sobre política y sociedad. Por ejemplo, se aprende que un país sin un gobierno adecuado puede ser una cosa muy grata. Se aprende que el desorden puede ser bueno. En el mercado negro se aprende que el capitalismo siempre da una oportunidad a la gente ingeniosa. Se aprende que la sociedad es capaz de organizarse sin necesidad de un mando o un control central. En condiciones de escasez, se aprende mucho sobre las verdaderas necesidades de las personas. Se aprende que la gente puede ser flexible y que es mejor no confiar en las convicciones profundas de nadie. En resumen: a pesar de la penuria, es una época maravillosa si se es joven y curioso, es como un breve verano de anarquía.⁸

Arthur Giuliani, que tenía su despacho instalado en el cuartel general estadounidense de Berlín-Zehlendorf, tampoco podía ocultar su fascinación por tan inusuales condiciones: «Es simplemente imposible hacerse una idea del alcance de la destrucción de Berlín», escribió a Washington. «Puede que dentro de unos años

se pueda extraer no poca información de los sótanos en los que ahora yace sepultada bajo toneladas de escombros que en su día fueron edificios, pero ese momento no se vislumbra todavía.»⁹

Giuliani se mantenía ocupado confiscando alguna sustancia por ahí, deteniendo a alguien por allá y mandando fotografías de sus hallazgos a la central de la Oficina Federal de Estupefacientes. En esas imágenes se podía ver un par de zapatos de mujer con los tacones huecos para ocultar droga, puertas de coche con los reposabrazos llenos de droga o patatas con el interior vaciado. También una lata de cacao Hershey's llena de cocaína, unas bragas empapadas en una solución de heroína o un libro modificado que, aparte de la lectura, ofrecía otro tipo de estímulo para el cerebro.

En realidad, estos mínimos éxitos policiales no servían de mucho, ya que el problema era estructural. Tras la caída de las autoridades nacionalsocialistas se había creado un vacío que los traficantes supieron aprovechar. ¿Podía realmente Giuliani poner remedio a esta situación? Un buen día la esperanza llegó desde un lugar insospechado. Un antiguo agente de la Gestapo llamado Werner Mittelhaus se puso en contacto con él por carta: «Hace tiempo que tenía la intención de escribirle, porque quería informarle de las actividades de la Central del Reich para la Lucha contra los Delitos por Estupefacientes durante los últimos años de la guerra».¹⁰ Mittelhaus había trabajado como funcionario en el citado organismo y expresó a Giuliani un deseo muy concreto: «Me gustaría mucho volver a trabajar en la persecución de delitos por drogas. Me imagino que estará interesado en este tipo de actividad en Alemania, y yo estaría encantado de ayudar en la lucha conjunta contra el tráfico de estupefacientes».

El remitente concluyó su oferta con las siguientes palabras: «Nunca he sido miembro de las SS, solo del NSDAP por orden de mi departamento. Dispongo de pruebas de mis posiciones antinazis. Me alegraría mucho tener noticias tuyas».

El ofrecimiento planteaba a Giuliani un problema ético: ¿estaría dispuesto a recibir ayuda de un antiguo nazi, aprovecharse de su

experiencia y dejar que el tipo le dijera cómo había que controlar las calles de Berlín? Era un dilema al que también se enfrentaban los otros aliados occidentales, mientras que los rusos no hacían concesiones a este respecto. Giuliani discutió la pretensión del alemán con su superior Harry J. Anslinger, quien no tuvo ningún escrúpulo y dio luz verde desde Washington: «Puede sondear a ese tal Mittelhaus como posible buen material para nuestra organización». ¹¹

De hecho, el jefe de la Federal Bureau of Narcotics admiraba el extinto Estado nazi por su estricta política prohibicionista: «La situación en Alemania [...] era completamente satisfactoria». ¹² A diferencia de la caótica República de Weimar, los nazis habían sabido poner orden: «En 1939, por ejemplo, y en comparación con 1924, el descenso del consumo de morfina fue del 25 %, y el de cocaína, del 10 %», había anotado Anslinger. Gracias a una «atenta observación, [era] prácticamente imposible traficar», ya que «la aplicación de la ley sobre estupefacientes fue muy eficaz en la Alemania de preguerra». ¹³ En noviembre de 1945, el director de la FBN ya había elogiado las antiguas leyes nazis sobre drogas como modelo para Estados Unidos, ya que, según él, eran «más estrictas» y disponían de «una mejor base constitucional que las nuestras», por lo que decidió estudiar los mecanismos de control aplicados durante la guerra en Alemania y en los países y territorios ocupados por los alemanes. ¹⁴ Su objetivo: «La antigua y exitosa legislación alemana [debería] volver a entrar en vigor lo antes posible y aplicarse con la misma severidad que en el pasado». ¹⁵ Los nazis habían optado por la vía rápida con los consumidores de droga y los habían enviado a los campos de concentración, y a Anslinger le parecía un planteamiento muy loable. El impulso ideológico que los nazis habían dado a la guerra antidroga al dirigirla contra los judíos por su porcentaje de consumo supuestamente más elevado no parecía molestar al alto funcionario estadounidense. De hecho, en una circular dirigida a los *station chiefs* —los jefes de equipo de la FBN— admitió abiertamente su propio racismo y se refirió a un informante afroamericano

como «negro pelirrojo».¹⁶ Otra manifestación ejemplar de Anslinger, esta vez ante el Congreso estadounidense, fue la siguiente: «Los porros hacen que la gente de piel oscura se crea tan buena como los blancos».¹⁷ No es de extrañar que en Washington se refirieran abiertamente a él como *Mussolini*, y no solo por su aspecto poco agraciado.

No fue fácil para Giuliani establecer contacto con el antiguo agente de la Gestapo. Por entonces, el exfuncionario de la antaño temida Oficina Principal de Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*), controlada por el jefe de las SS, Heinrich Himmler, se había trasladado a Kiel para ponerse a salvo de un posible arresto por parte de los soviéticos. Allí, en la costa del mar Báltico, estaban apostadas las fuerzas británicas, que también habían mostrado interés en colaborar con el alemán. «He hablado con el oficial de seguridad del sector británico, que se ha comunicado con su oficina en Kiel», escribió Giuliani a Anslinger. «Mittelhaus será probablemente contratado por la policía criminal en la zona británica.»¹⁸ Los ingleses describieron su fichaje como «indudablemente eficaz y fiable», dotado de «conexiones asombrosas». Según Giuliani, los británicos «no tienen intención de dejarle marchar, lo cual es comprensible y razonable teniendo en cuenta el problema de personal que hay en toda Alemania». Los aliados occidentales creían necesitar urgentemente la ayuda de antiguos funcionarios nazis para que la sociedad alemana pudiera seguir funcionando, y encontrar mano de obra no era nada fácil. «Hay muchos cadáveres bajo los escombros y los cascotes de Berlín, Frankfurt y otras ciudades alemanas», como dijo Giuliani lacónicamente.

El *narcotics control officer* buscó una solución y se reunió con otro antiguo empleado de la Gestapo, de apellido Ackermann, un exnazi «capaz, enérgico e inteligente» que le podría «dar toda la información que le pueda ofrecer Mittelhaus», incluidos datos sobre traficantes y su paradero actual. Ackermann también podía proporcionar copias de los formularios que había utilizado la Gestapo para denunciar delitos por estupefacientes y de las instruccio-

nes que habían recibido los agentes de la policía antidroga nazi.¹⁹ Tales documentos eran de interés para el estadounidense como posibles modelos para sus propios formularios. En estas reuniones, Ackermann se quejó de que las antiguas leyes nazis hubieran «quedado distorsionadas por las diversas interpretaciones y, por consiguiente, perdido toda su eficacia». Giuliani, a su vez, expresó su deseo de que «las actividades del grupo de trabajo tiendan a corregir esto aquí, en Berlín».

El estadounidense se lamentó de no poder incluir a Ackermann en nómina, pero se mostró «seguro de que terminaría en nuestra zona por la desnazificación».²⁰ Giuliani lo tenía claro: el único punto de partida prometedor para controlar el desenfrenado tráfico de estupefacientes en Berlín y Alemania era disponer de una «entidad operativa centralizada a través de la cual se pueda canalizar la información sobre el comercio de sustancias legales e ilegales». Dicha agencia, similar a la nacionalsocialista Oficina de Sanidad del Reich (*Reichsgesundheitsamt*) debía ser «de ámbito nacional» porque,

debido a la naturaleza del tráfico ilegal de drogas, a su constante violación de las fronteras nacionales y a su, con frecuencia, eficiente organización sobre una base internacional, pienso que ninguna empresa que prescinda de una administración nacional central puede mostrarse eficaz para impedir el desarrollo de un tráfico ilícito y extensivo de drogas en Alemania. Cualquier intento de control independiente en las distintas zonas sin una inspección y control estrictos de todo el correo, comercio y actividad viajera de una zona a otra será insuficiente.

Anslinger describió así la urgencia de un enfoque centralizado:

Está internacionalmente demostrado que la anarquía en el ámbito del tráfico de drogas no se detiene ante ninguna frontera. [...] Si se desarrollara un tráfico ilícito de gran envergadura, Estados

Unidos sería una de sus principales víctimas, independientemente de la zona en la que pudiera tener su origen el comercio clandestino.²¹

Giuliani propuso entonces adoptar directamente los reglamentos y leyes antidroga de la época nacionalsocialista sustituyendo simplemente las denominaciones alemanas por sus equivalentes en inglés. Elaboró la siguiente lista:

- «Reichsgesundheitsamt» pasará a llamarse «The Central Narcotics Office for each Zone of Occupation».
- «Landesopiumstelle» pasará a llamarse «Opium Office of the Land or Province».
- «Reichsrat» pasará a llamarse «Allied Control Authority».
- «Reichstag» pasará a llamarse «Allied Control Authority».²²

A Anslinger le gustó este planteamiento, sobre todo porque Estados Unidos iba a llevar la batuta. Las actividades de Giuliani en Berlín, según su propio plan, no solo repercutirían en Alemania. El objetivo del agente de policía antidroga más importante de EE. UU. era impulsar un «cambio político hacia una política más prohibicionista» a escala mundial a través de la recién fundada Organización de las Naciones Unidas.²³ Su idea era nada menos que crear un marco normativo mundial de posguerra destinado a combatir el tráfico de estupefacientes. Aquí, la continuación del enfoque racista de los nazis, que habían perfeccionado el concepto de «lucha antidroga» hasta convertirlo en un medio de opresión de minorías, cuadraba perfectamente con la visión que Anslinger tenía del mundo.²⁴ Por la importancia de su influyente industria farmacéutica de antes de la guerra y su situación geopolítica como eje neurálgico de Europa, a Alemania le tocaba desempeñar un papel clave y ejercer de modelo. Si se conseguían imponer otra vez los estrictos controles nacionales entre el Rin y el Óder, también se haría más probable la creación de una regulación homogénea para todo el mundo. En

diciembre de 1946, en su primera intervención en la Comisión de Estupefacientes de Naciones Unidas como representante estadounidense, Anslinger presentó, basándose en las experiencias de Giuliani en Berlín, un enfoque prohibicionista escalable internacionalmente y dominado por Washington. Su intención era reorganizar la citada comisión de la ONU y convertirla en un órgano ejecutor con capacidad para aplicar medidas represivas e implementar un protocolo antidroga único y vinculante para todos los países.* Lo que no quería en ningún caso era que la comisión se convirtiera en un simple foro de debate pluralista que permitiera opiniones diversas sobre las potentes sustancias. Su objetivo no era fácil de cumplir, ya que no todos los países estaban de acuerdo con la idea de una prohibición internacional, especialmente los que producían el lucrativo opio, como Irán, Turquía, Yugoslavia o Afganistán.** Paí-

* Aunque las ideas radicales de Anslinger nunca se lograron imponer al 100 %, en 1961 las Naciones Unidas adoptaron la Convención única sobre estupefacientes, cuyo objetivo hasta la fecha es combatir el abuso de drogas mediante una acción coordinada a escala internacional. El cáñamo, que Anslinger describió como una droga causante de locura, criminalidad y muerte («la droga más violenta de la historia de la humanidad»), también fue declarado planta ilegal en todo el mundo por primera vez (Mathias Bröckers y Jack Herer, *Die Wiederentdeckung der Nutzpflanze Hanf*, p. 66).

** Anslinger también tenía motivos materiales muy concretos para querer prohibir la producción de opio en todo el mundo. Ya en 1939 había acordado con la industria farmacéutica estadounidense almacenar una gran cantidad de dicha sustancia para abastecer no solo a Estados Unidos, sino también a sus aliados en la segunda guerra mundial. Había enviado fondos públicos y privados a los productores de opio de Turquía, Irán e India y, en 1942, dio instrucciones a la Defense Supplies Corporation de Estados Unidos para que adquiriera todas las existencias de opio disponibles en previsión de una guerra prolongada. Diez camiones cargados con casi trescientas toneladas de la sustancia extraída de la adormidera, custodiados por agentes de la Federal Bureau of Narcotics con ametralladoras en ristre, fueron conducidos desde los puertos de las costas este y oeste del país hasta Fort Knox, donde estaban almacenadas las reservas de oro de Estados Unidos. Allí, el material era trasladado a otro vehículo y enviado a las empresas farmacéuticas, donde se transformaba en

ses como estos no tardarían en convertirse en una piedra en el zapato para Washington.

También en Berlín, que iba a desempeñar una función de liderazgo en los planes de Anslinger, la situación planteó un reto debido a la división de la ciudad en cuatro sectores. Las fuerzas aliadas insistían en su intención de desarrollar un marco nacional para Alemania, pero lo cierto era que cada una barría para su propia casa en lo tocante a las políticas antidroga. Los británicos estaban especialmente interesados en mantener a raya a la industria farmacéutica alemana, devastada por la guerra, mientras que los franceses se mostraban en general bastante relajados al respecto: «La reunión con el francés ha sido muy poco satisfactoria, ya que no sabía nada de la propuesta y menos aún de la Ley del Opio», se quejó Giuliani tras una conversación con su colega de París. «Yo hablaba y hablaba, y no recibí de él ni una señal de inteligencia. Se mostró extremadamente cordial [...], pero resulta desalentador hablarle cara a cara a la ignorancia.»²⁵

Fueron los rusos los que desbarataron los planes a Giuliani. sencillamente, no estaban de acuerdo con la adopción prevista del planteamiento nacionalsocialista. Cada vez que, en las sesiones del Grupo de trabajo sobre el control de los estupefacientes (*Narcotic Control Working Party*) que se celebraban cada pocas semanas en la sala 329 del Consejo de Control Aliado en el Kleist Park berlinés, el estadounidense intentaba llegar a un acuerdo sobre la prohibición en todos los sectores de la ciudad, su propuesta era rechazada por su homólogo de la estrella roja en la gorra del uniforme.

Con creciente frustración, Giuliani informó a Washington acerca del «sabotaje en toda regla por parte de los soviéticos».²⁶ En privado hacía buenas migas con el comandante Kárpov y almorza-

opiáceos y, pronto, también en opioides. Ya en 1943, los aliados occidentales, que utilizaban estos productos para curar a sus heridos, habían pasado a depender de las exportaciones estadounidenses de derivados del opio, y Anslinger se había convertido secretamente en el jefe del mercado internacional de la droga, un *capo* global de facto con el respaldo del gobierno estadounidense.

ban juntos a menudo. «Me llevo bien con el soviético de manera informal. Sin embargo, es un ideólogo pesado [y] se ciñe al discurso oficial con una monotonía asombrosa.»²⁷ Una vez iniciadas las reuniones del «grupo de trabajo», a Giuliani le resultaba «difícil negociar con él».²⁸ Kárpov, al igual que su camarada el general de división Sidórov, rechazaba sistemáticamente las propuestas de formar una comisión intersectorial antidroga, así como de endurecer la legislación. Esto dio lugar a acaloradas discusiones en las que incluso «se intercambiaron improperios entre los delegados de todas las partes». Giuliani habló de una «frustración irritante» que le «castigaba los nervios».²⁹ A Washington escribió: «Siempre ha sido evidente que el delegado soviético se proponía desde el principio sabotear cualquier intento [...] de ponernos de acuerdo».³⁰ En las dos últimas reuniones no se había conseguido nada.

El 14 de noviembre de 1946, un Giuliani profundamente disgustado resumió la situación: «Es evidente que los soviéticos tienen toda la intención de bloquear la propuesta general. [...] Todos sus argumentos están formulados en términos que solo pueden describirse como egoístas. [...] Una perversidad».³¹ Desde Washington, Anslinger pidió entonces a Giuliani

un informe [...] sobre la situación en Alemania que describa lo que está sucediendo en los cuatro sectores acerca del control de estupefacientes y cómo el programa se está deteriorando debido a la falta de una agencia central. Describa también las tácticas de bloqueo de los rusos y el hecho de que el grupo de trabajo está a punto de fracasar.³²

Giuliani se puso manos a la obra y redactó desde Berlín el informe solicitado. Anslinger acudió con él a la Comisión de Estupefacientes de Naciones Unidas, donde acusó a la Unión Soviética de querer inundar Occidente de estupefacientes para desestabilizar las sociedades democráticas, una aseveración que iba mucho más allá de la situación descrita por Giuliani.³³

Así, el fracaso en el intento de mantener unidos Berlín y Alemania, de evitar que los sectores occidentales y oriental se distanciaran, se manifestó también a nivel de la política antidroga. Los estadounidenses no consiguieron aplicar una política prohibicionista única para las cuatro zonas porque Moscú se resistía. La capital alemana seguía en ruinas, al igual que los esfuerzos de Giuliani como *narcotics control officer*, cuya conclusión de sus actividades en Berlín seguía siendo ambivalente: «No importa lo que consiga aquí, siempre recordaré esta experiencia como la más insólita que he vivido nunca».³⁴ Pero una cosa le había quedado clara: para imponer una guerra global contra las drogas, su jefe Anslinger iba a necesitar mucho aguante.*

* Y lo tuvo. Anslinger sobrevivió en el cargo a cinco presidentes estadounidenses y, junto con su rival J. Edgar Hoover, director del FBI, fue el funcionario de mayor antigüedad en Washington. Su institucionalización estructural del racismo disfrazada de política integral antidrogas fue adoptada por las sucesivas administraciones. Desde la década de 1930, cuando entraron en vigor las leyes prohibicionistas que Anslinger preparó por primera vez, y que se endurecieron en el transcurso de las décadas siguientes, se ha detenido a más personas de color que blancas por posesión de sustancias ilegales, a pesar de que hay más consumidores de drogas de raza blanca. Siempre fue de crucial importancia el lugar donde patrullaba la policía y con qué dureza lo hacía, es decir, la aplicación de perfiles raciales o *racial profiling*.